



¿Uno para todos o todo para mí?

Un amigo que asistió con sus hijos al desfile ante el monumento de los héroes de Iquique en Santiago me contó que en la ceremonia había apenas unas docenas de espectadores. Parece que la gesta del 21 de mayo ya no entusiasma a los capitalinos. Quizás el mejor indicador del desinterés sea el estado del monumento mismo: la espada de Arturo Prat fue robada en 2023 y los cuerpos de bronce de sus acompañantes han sido mutilados.

Ya no están los tiempos para el fervor patriótico. Ahora se prioriza la autorrealización y la autonomía como objetivos existenciales. Parece bueno todo aquello que permita gozar y obtener ventaja personal. La responsabilidad y el compromiso hacia los demás se diluyen y solo se reconoce valor a ser fiel a uno mismo.

No debe sorprender entonces que surjan situaciones como la que reveló la Contraloría: 25 mil funcionarios públicos simulan

enfermedades para seguir recibiendo sueldo mientras pasean por el extranjero. La desfachatez no solo certifica cuán lejos se ha llegado al idear y hacer trampas, sino que también confirma que la práctica del justificativo médico espurio está tan extendida que supone costos por cientos de millones de dólares al erario. Las isapres y Fonasa han denunciado repetidamente que las falsas licencias drenan sus finanzas. Estamos en presencia de un multimillonario robo hormiga avalado por los médicos que emiten los permisos, los pacientes que aparentan el malestar y las autoridades que, al menos hasta hace unos

días, preferían mirar para el lado.

Por desgracia, no se trata de casos aislados. Según cifras del Directorio del Transporte Público Metropolitano, más de un tercio de los usuarios de Red (ex-Transantiago) no paga su pasaje. La evasión cuesta US\$ 120 millones anuales (10% de los costos totales del sistema). Hay más: diputados opositores denunciaron en abril que el Estado sigue pagando casi 30 mil millones de pesos a seis mil falsos exonerados políticos.

La mezcla tóxica entre impunidad e individualismo se da a todo nivel: convenios truculentos entre el Estado y fundaciones; arreglitos entre abogados bien conectados,

clientes y jueces; colusión entre empresas supuestamente competidoras; mal uso de gastos reservados en instituciones armadas.

Hay demasiados que hacen lo que quieren y no lo que deben. El último ejemplo: el "gustito" de los jueces de la Corte de Apelaciones de Antofagasta, que no resistieron la tentación de contrabandear un mensaje político nada jurídico en la resolución que prohibió el

uso de grabaciones telefónicas captadas a la exprocuradora del Presidente de la República.

El individualismo imperante lleva a creer que no hay más obligación que la satisfacción de las pulsiones y los apetitos propios. Eso explica los "falsificativos" médicos,

las evasiones, los fraudes y los "gustitos" ideológicos.

El inconveniente es que, en un mundo donde complace al "yo" es la medida de

todas las cosas, la sociedad en su conjunto termina yéndose a pique con más pena que gloria. No debe extrañar entonces que el 85% de los chilenos estime que el país está estancado o en decadencia (encuesta CEP, marzo-abril de 2025).

A algunos les molesta oír hablar de patriotismo, comunidad, responsabilidad, deber, servicio público o ética laboral. Consideran que huele a beatería moralista. Pero la verdad es que, sin esos y otros "dioses fuertes", la convivencia se empobrece y se reduce a la exasperante subjetividad del "todo vale" que distingue a escándalos como el de las licencias médicas falsas.

La vida en común exige que nadie piense que puede salvarse solo ni, peor aún, timando al resto. Por el contrario, demanda tomar conciencia de que, sin el despliegue de virtudes cívicas por parte de ciudadanos comprometidos, la sociedad se deshila de manera irremediable. ■



EL INDIVIDUALISMO IMPERANTE LLEVA A CREER QUE NO HAY MÁS OBLIGACIÓN QUE LA SATISFACCIÓN DE LAS PULSIONES Y LOS APETITOS PROPIOS. ESO EXPLICA LOS "FALSIFICATIVOS" MÉDICOS, LAS EVASIONES, LOS FRAUDES Y LOS "GUSTITOS" IDEOLÓGICOS.

JUAN IGNACIO BRITO